

---

## CAPITULO XV.

---

### LA FILOSOFÍA DEL PESIMISMO COMO OPUESTA

Á LA FILOSOFÍA DEL PROGRESO

La filosofía de Hegel fué combatida y contrastada por un filósofo, á quien el esplendor mágico del lenguaje ha dado fama literaria y poder científico en Alemania. Este filósofo se llama Arturo Schopenhauer. Si oimos los juicios que forma de los pensadores germánicos, nos admirará la confianza en sí, la arrogancia contra los demás. Lo mismo el filósofo del idealismo subjetivo, que el filósofo del idealismo objetivo; lo mismo el filósofo del idealismo objetivo, que el filósofo del idealismo absoluto; en su concepto, son charlatanes, sofistas, juglares ó acróbatas del entendimiento. Desesperacion, y solo desesperacion engendra en su ánimo considerar la decadencia intelectual de un siglo como el siglo XIX, y el extravío moral de un pueblo como el pueblo alemán, que tienen á Hegel por pensador y filósofo. La filosofía de este, es para su arrebatado enemigo ciencia al revés; conjunto de ideas empíricas convertidas por la nueva alquimia en ideas abstractas; comedia de mal gusto, y arlequinada de car-

naval; gigantesca orgía de vacantes ébrios á los vapores de vino envenenado; espinosismo rejuvenecido y explotado para dar de comer á la familia; teatro de polichinelas movidas por el hilo de una dialéctica engañosa; encanto de profesores y agregados universitarios, los cuales serán considerados por una edad más sensata como rompe-cabezas de la juventud, desorganizadores de cerebros, mercaderes de ciencias lucrativas, paquidermos hidrocéfalos, cortesanos de la apocalíptica Bestia, que ha convertido la filosofía en rica mina y la cátedra en mostrador, jugando á las ideas como si jugara á la Bolsa.

Cuando oye todo esto, cree el ánimo encontrarse en presencia de un pensador original y nuevo, cuya filosofía sea como la filosofía de Kant en su tiempo, renovacion del espíritu humano. Pero en cuanto se le estudia con madurez y se meditan sus ideas con detenimiento, échase de ver que llama sofistas á los mismos á quienes copia, y ladrones á los mismos á quienes roba. Su filosofía puede y

debe llamarse metafísica experimental. Por un lado se confunde, pues con el idealismo platónico, y por otro lado con los sistemas que en la observación se fundan. Aparte este propósito, antes que sistema tendencia, su concepto del mundo es fundamentalmente el mismo concepto de la escuela crítica; sus ideas sobre la razón y el pensamiento, son las mismas ideas de la escuela materialista; y el ministerio que concede á la voluntad y á su fuerza en el mundo, es el mismo ministerio concedido por Hegel á la idea. No valia, pues, malgastar tanta elocuencia en ditirambos anti-hegelianos; esgrimir todas las injurias monásticas de la Edad Media contra el maestro; para aceptar luego el movimiento eterno de su dialéctica, aunque trasladándolo de la idea á la voluntad.

El mundo es mi representación, grita el enemigo de Hegel. Sus colores se descomponen y se entonan en mi retina; sus ruidos silban en mis oídos; las superficies de sus varios objetos, se prestan á mi tacto; mas yo ignoro si el mundo es tal como mis órganos lo reproducen y lo dibujan en mi pensamiento. El mundo es una apariencia. Pero sobre esta apariencia hay una fuerza real, immanente, eterna: la voluntad. Así, la realidad no está fuera de nosotros, sino en nosotros. Y en nosotros lo más fuerte, lo más vigoroso, lo más permanente, lo que no sufre ni descanso ni eclipse, es la virtud de esta facultad por excelencia interna, la virtud de la voluntad. No puede decirse, no debe decirse, que la voluntad sea producto del cuerpo, no; la voluntad forma el cuerpo mismo, y nuestra organización y todos sus actos son la voluntad exteriorizada. Y no se trata de aquella voluntad sometida á la inteligencia y á sus conceptos abstractos; se trata de esa voluntad pristina, ingenua, casi instintiva, que se llama el deseo incontrastable, invencible de vivir, voluntad independiente de toda idea, y de todo motivo, ley eterna de nuestra existencia.

La voluntad se halla en todo el Universo y se eleva gradualmente desde los seres inferiores hasta aquellos que tienen razón y conciencia. En su ascensión progresiva, la voluntad va huyendo del fatalismo y buscando la libertad. Y en esta progresión ascendente, llega á producir los individuos, las personalidades, con esa señal propia y distinta del ser individual llamado carácter. En los seres inorgánicos domina la pura causalidad. En las plantas comienza á haber, por el movimiento de la savia, por la rudimentaria sensibilidad de las hojas, como gérmenes de voluntad. Los insectos, con sus sábios trabajos, con sus instintos artísticos, con sus progresivas metamorfosis, cuando liban la miel como las abejas, ó se tiñen las alas como las mariposas en el cáliz de las flores, anuncian la profecía de la voluntad. El magnetismo, el lejano poder de unos seres sobre otros seres, la virtud mutua de atracción, dice que la naturaleza forma por sí misma con las múltiples combinaciones de la voluntad una especie de instructiva y maravillosa metafísica.

La voluntad estalla con todo su vigor en el hombre. Para comprenderla bien es necesario distinguirla de la inteligencia. El pensamiento es producto del cerebro, y la voluntad energía del ser; el pensamiento es el fenómeno, la voluntad es la esencia; el pensamiento es la luz, la voluntad es el calor; el pensamiento está en la inteligencia, la voluntad en todas las facultades; el pensamiento tiene un carácter subordinado, la voluntad un carácter soberano; el pensamiento no moverá la voluntad, si la voluntad no quiere moverse, y la voluntad penetrará á su arbitrio en el reino inaccesible del pensamiento y lo someterá á sus mandatos: hasta en el orden de tiempo, la primera facultad que aparece en nosotros, es la voluntad, pues el niño quiere antes de que entienda y piense.

Leibnitz, dijo, que la cantidad de fuerza es invariable en el mundo, y Schopenhauer dice que es invariable la cantidad de voluntad

en las sociedades humanas. El corazón es el órgano de la voluntad; y ese órgano, lo mismo se ejerce en los pueblos civilizados que en los pueblos salvajes. No en todas partes se piensa; pero en todas partes se ama. La inteligencia varía; produce y devora ideas, cree hoy lo que ayer condenaba, condena hoy lo que ayer creía, mientras el corazón constante, fijo en sus afectos, siempre quiere lo mismo y con igual intensidad. No todos los pueblos tienen filósofos; pero todos los pueblos tienen madres. La voluntad es indestructible, y á su fuerza se halla librada con la perennidad del mundo la perennidad también de la especie humana. Así como Bichat ha distinguido en fisiología la vida animal de la vida orgánica, Schopenhauer ha distinguido en filosofía la vida de la inteligencia y la vida de la voluntad. Y la voluntad, esta fuerza cósmica y humana á un mismo tiempo, produce el cuerpo y la sangre. Así el corazón es lo primero que se mueve en la vida, y lo último que se extingue en la muerte. La filosofía de Schopenhauer es la filosofía de la voluntad.

Y este filósofo de la voluntad, pone la perfección moral en aniquilar completamente la voluntad. No predica el suicidio del cuerpo; predica el suicidio del alma. La plenitud de la vida, la exaltación del ser, están para él como para los místicos en el olvido de sí mismo, en la abnegación perpetua, en el sacrificio. Reducir á la nada esa voluntad soberana, hé ahí el esfuerzo más digno de la voluntad misma. El mundo, después de todo, no merece otra cosa. La vida es un tejido, una trama que no vale el precio que cuesta. El mundo se parece á una cacería, en la que todos somos á un tiempo perseguidores y perseguidos. Trabajo, batalla, dolor, lo presente siempre penoso, lo porvenir incierto, el infierno dantesco en el corazón, los carbones ardientes de la pasión abrasando la sangre, el árbol de la vida, cuyas raíces se agarran en la tierra, cuyas ramas son el cielo, sacudiendo sobre todos nosotros sus horribles

calamidades; cada existencia una trágicomedía en que lo ridículo se mezcla á lo sublime, y las carcajadas histéricas de alegría pasajera al eterno llanto: hé ahí la vida. Así en noche estrellada, luciendo el cielo con grandes resplandores, y resaltando en el cielo sereno el planeta Venus, un amigo le preguntó al filósofo si creía en la existencia de seres superiores al hombre en aquellas esferas; y el filósofo respondió que no, que el organismo termina en el hombre, y que ningún ser superior al hombre podría tener la voluntad de vivir, ni rebajarse hasta tomar un papel en esta triste y prosaica tragedia de la existencia desenlazada siempre con la misma uniforme escena, con la escena de la muerte. Y volviéndose á mirar á la tierra y alcanzando á descubrir tras su vegetación y sus organismos generaciones extintas y acostadas en su inmenso seno, de las cuales provenimos los vivientes, y cuyos átomos circulan por todo nuestro cuerpo, exclamó: los muertos están ¡ay! en nosotros.

El pesimismo resume su doctrina. Y si el pesimismo resume su doctrina, inútil decir cuán opuesto será en política á la idea del progreso y de la perfectibilidad humana. Raramente triunfan las causas justas en la tierra. Las mejores se pierden por sus propios excesos. Profundo desprecio le merecen los ensueños democráticos. Esos axiomas del triunfo próximo é inevitable de las democracias le suenan á verdaderos barbarismos. Las democracias están destinadas en su concepto á pasto eterno de las tiranías. Las muchedumbres europeas no se diferencian de las muchedumbres asiáticas. Estas sirven á sus tiranos que las conducen al campo de batalla como el pastor conduce el ganado al pasto; aquellas sirven á los demagogos que las llevan á las revoluciones con las sonoras palabras de sufragio universal y nacionalidades modernas. La política oscila perpetuamente entre la dictadura y la licencia. Ya pasan los reyes constitucionales semejantes á los dioses de Epicuro, en que siempre

están á la mesa. Ya se levantan las formidables barricadas. A esta agitacion política de Europa prefiere el silencio, la muerte de Asia. Fia poco, muy poco, en los gobiernos para mejorar á los hombres, porque cree que tendrán siempre interés en corromperlos.

Hé aquí á donde conduce el misticismo, al desprecio de la libertad, al desprecio de la justicia, á negar una ley tan segura como la ley del progreso humano, á desconocer una verdad histórica tan evidente como el advenimiento de las democracias, á envidiar una vida tan semejante á la muerte como la vida de los pueblos asiáticos. Bien es verdad que todas las ideas de Schopenhauer se animan, se encienden vivamente en el odio inextinguible á la escuela de Hegel. Y como quiera que la escuela de Hegel produjo la extrema izquierda, el partido que se llamaba de la joven Alemania, y que era adicto á estos tres principios, á la unidad de la nacion, al derecho de las democracias y al gobierno de la República, Schopenhauer la persigue con su sarcasmo, y quiere soterrarla bajo sus hipocondríacos anatemas. Esa filosofía de la desesperacion social, pasará siempre como un alarde del mal humor del individuo; y no entrará en el tesoro comun de la humanidad. Solamente es fuerte, y solamente es duradero el principio social que se funde en la naturaleza del hombre. Y es ley de la naturaleza que la idea progresiva, pensada por un filósofo en las puras abstracciones de la ciencia, pase con vigor á la realidad y la transforme. Tambien es ley de la naturaleza que estas ideas descendan á clases oprimidas, las iluminen en su inteligencia y las alivien del peso de sus cadenas. Y el pensamiento en su trabajo continuo va creando una sociedad superior, más asentada en el derecho, más propia para habitacion del espíritu, más cercana al ideal supremo de justicia. Estas verdades no podrán tener originalidad, como no la tiene todo aquello que pertenece al género humano, pero tienen completa, absoluta evidencia, y serán el consuelo al do-

lor presente y el incentivo á futuras glorias.

La causa primera del éxito alcanzado por la filosofía de Schopenhauer, encontrábase en el cansancio que de la ciencia á priori experimentaba ya toda Alemania. Alzabase la realidad reivindicando sus derechos. La observacion y la experiencia exigian que no se olvidase su participacion considerable en el humano criterio y en el progreso de la humana cultura. Un sistema que volviese la razon al seno del mundo pareceria como abrigado valle, henchido de abundancia, tras penoso descenso de las altas cimas y de los infinitos espacios. El sistema de Herbart fué en parte este sistema y en parte alcanzó este resultado. Su mayor empeño consistió en declarar que las cosas no son, no pueden ser esas sombras llamadas por Hegel ideas; que las cosas son y existen, independientemente de nuestro pensar, en la viva realidad. La filosofía no crea el Universo, lo estudia. No encuentra en él un poema de la humana fantasía, sino un libro de verdades, un conjunto de seres, ajenos á las combinaciones de nuestras ideas. La duda es saludable como aguijon de la ciencia; pero la duda, convertida en excepticismo sistemático, destruye toda ciencia. Podeis dudar de que las cosas existen; pero no dudar de que parece que existen. Esta apariencia del Universo, ó este parecer de que el Universo existe, se os impone con la misma fuerza incontrastable que la existencia de vuestro propio sér. Ahondando en el Universo, se encuentra el sér, el único platónico, que no ha penetrado en nosotros por los sentidos. Pero no solamente se encuentra el sér, la realidad absoluta, sino como realidades absolutas tambien, muchos seres, limitados unos por otros en la extension material, limitados á lo menos por el espacio, inextensos en su esencia. Las cosas externas de tal manera son esenciales, que el alma, su inteligencia, su voluntad, no existirian si no las suscitase el contacto, el choque con el mundo. La sensibilidad es pensamiento, la voluntad pensamiento; y la libertad moral no es si-

no el predominio del pensamiento reflexivo sobre el pensamiento pasivo y simplemente sensible. La vida del alma tiene las mismas leyes que la dinámica y la estética. La psicología, la ciencia del alma, es en último resultado una verdadera mecánica, una ciencia tan exacta como las matemáticas mismas.

No entraremos en el exámen de esta doctrina, ni diremos que toca por sus extremos nada menos que al politeísmo antiguo y al materialismo moderno. Lo que á nosotros principalmente nos interesa en la evolucion del pensamiento alemán, es el lado puramente político, para comprender las fuerzas de atraccion y de repulsion que han concurrido á acelerar ó retardar el movimiento republicano en Europa. El Estado, en concepto de Herbart, es continuacion de los fenómenos orgánicos, organismo superior. La sociedad comienza por constituirse en la necesidad, y concluye por constituirse en el derecho. Segun la nocion de derecho, debe el Estado descansar en el consentimiento de todos los ciudadanos. El Estado que se funda en el derecho, tiene que ser por necesidad democrático, puesto que exige y necesita el consentimiento público. Pero el Estado tiene fines útiles, que durante ciertos períodos históricos se oponen por completo á la idea fundamental del derecho. Para ir acercando el Estado al derecho precisa que todos se sometan á las leyes con gusto y reformen las leyes con orden, ajustándolas á los nuevos ideales de progreso, destruyendo los gérmenes de division y de guerra. La miseria sin remedio, la humillacion sin esperanza rompen la armonía de los sentimientos, y ponen abajo conjuraciones sin término, arriba dictaduras sin freno. A medida que los pueblos se ilustran más, conocen mejor la desproporcion existente entre el ideal puro y la realidad del derecho. Y cuando llega una situacion así, el

Estado no puede salvarse si el partido del progreso no reforma con mesura, y el partido de la estabilidad social no resiste con inteligencia, y no se someten ambos al código que á todos obliga, al código de la moral. La ciencia del gobierno consiste en dejar á las diferentes aspiraciones que se manifiesten con libertad; y en satisfacerlas en todo cuanto tengan de justo, en todo cuanto tengan de progresivo con verdadera oportunidad. La fuerza de las constituciones se encuentra en su acuerdo con la voluntad general de los pueblos.

Imposible predecir la suerte reservada por la Providencia á las naciones. Apenas se divisa, no ya el término, pero ni aun el camino del progreso. El mundo mineral, vegetal y animal, parecen haber llegado al término de su desarrollo. No así el mundo político, cuyas progresivas evoluciones no pueden medirse con la inteligencia ni calcularse con las matemáticas. El hombre ha reconocido la unidad fundamental de su especie. Pero no ha sacado del reconocimiento de esta verdad las consecuencias naturales que entraña. Las familias humanas aun están separadas entre sí; aun no han alcanzado á establecer relaciones en armonía con la idea de humanidad. Pero todo tiende, desde el arte hasta el comercio, todo tiende á establecer y anudar estas relaciones. Y así que la tierra se halle ocupada por Estados verdaderamente orgánicos, las ideas de dominacion universal, los procedimientos de conquista, habrán cedido su lugar á inmensas federaciones de pueblos libres. Y habrá tanta desproporcion entre los Estados egoistas de hoy, al Estado humano de entonces, como la que hay entre la antigua astronomía que levantaba la tierra en el centro del Universo, y la nueva astronomía, que á pesar de haber convertido la tierra en satélite del sol, nos ha hecho palpar materialmente lo infinito.